

serie

PABLO DIABLO

EL BARCO



DE VAPOR

Francesca Simon

Pablo Diablo y el dinero

Ilustraciones de Tony Ross



11.ª EDICIÓN

sm

Primera edición: marzo de 2001

Decimoprimera edición: marzo de 2014

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1999

por Orion Children's Books

Título original: *Horrid Henry Gets Rich Quick*

© del texto: Francesca Simon, 1998

© de las ilustraciones: Tony Ross, 1998

© Ediciones SM, 2002

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.)

*Para Joshua y sus compañeros de 4.º,
con mi agradecimiento por su gran ayuda*

ÍNDICE



1

Pablo Diablo se larga, 9

2

Pablo Diablo y los deportes, 29

3

Pablo Diablo se hace rico, 53

4

Pablo Diablo en Navidad, 73



I

.....

PABLO DIABLO SE LARGA

Pablo Diablo no estaba pasando un buen día. Su hermano pequeño, Roberto, el niño perfecto, se había apoderado de la hamaca antes que él y no quería bajarse. Luego, su madre le había mandado ordenar su cuarto justo cuando estaba viendo en la tele *Gladiator Exterminador*. Y ahora, su padre le estaba gritando.

—¿Qué significa esta carta, Pablo?

—aulló su padre.

—¿Qué carta? —contestó cortante Pablo. Estaba hasta la coronilla de que no le dejaran en paz.

—¡Sabes perfectamente de qué carta se

Queridos padres de Pablo:
Lamento tener que comunicarles que
hoy Pablo:
Ha dado un codazo a Guillermo.
Ha puesto la zancadilla a Vanesa.
Ha empujado a David.
Ha pellizcado a Andrés.
Ha hecho ruidos groseros, ha mascado chicle
y no ha dejado de hablar en clase en todo el
día.

Respetuosamente,
Agripina Guillotina

trata! —exclamó su madre—. La de la
señorita Guillotina. Es la tercera que
manda esta semana.

Conque era esa carta. ¡Acabáramos!

Pablo frunció el ceño.

—¿Qué queráis que hiciera, si tenía
aire en la tripa?

—¿Y todos esos niños a los que has
hecho daño? —se interesó su padre.

—A Guillermo casi no le toqué,

Vanesa se me cruzó, y David y Andrés me estaban fastidiando –explicó Pablo. Vaya jaleo por nada...

—Muy bien –dijo su padre—. Pues estoy muy disgustado contigo, así que nada de tele, nada de tebeos y nada de caramelos esta semana.

—¡UNA SEMANA! –chilló Pablo—. ¿Solo por darle una palmadita a alguien? ¡No hay derecho!

Queridos padres de Roberto:

Tengo el sumo placer de comunicarles que hoy Roberto: Ha ayudado a Jorge.

Ha compartido el bocadillo con Samuel.

Se ha ofrecido para limpiar los pinceles, ha recogido las pelotas en Educación Física y ha ordenado toda la clase sin que nadie se lo pidiera.

¡Muy bien hecho, Roberto!

Por eso, vuelve a figurar por tercera vez este mes en el Libro de Oro de Nuestros Niños Ideales (nuevo récord del colegio).

Atentamente,

Dulcinea Zalamea



—¿Qué os parece mi carta? —preguntó Roberto.

El rostro del padre de Roberto se iluminó.

—Al menos hay un niño en esta familia que sabe comportarse —dijo.

Roberto sonrió con modestia.

—Deberías pensar un poco en los demás, Pablo —dijo Roberto—. Así, quizá estés algún día en el Libro de Oro tú también.

Pablo Diablo dio un bufido y saltó sobre Roberto. Se había transformado en una avalancha de lodo dispuesta a engullir a un mísero insecto.

—¡Aayyyyyy! —aulló Roberto.

—¡Basta ya, Pablo! —gritó su madre—. Vete inmediatamente a tu cuarto.

¡AHORA MISMO!

Pablo Diablo subió las escaleras dando patadones y cerró su habitación de un portazo.

—¡Se acabó! —rugió Pablo—. ¡En esta

familia nadie me quiere, de modo que me largo!

Sus horribles padres iban a saber lo que era bueno. Se largaría a la selva virgen. Lucharía con serpientes gigantes, aplastaría cocodrilos, remontaría en piragua él solito ríos infestados de pirañas y se abriría paso



entre las lianas con su machete. No volvería nunca. Y entonces lo lamentarían. Pero les estaría bien empleado, por haberse portado tan mal con él.

Ya podía imaginárselos. “Si hubiéramos sido más amables con Pablo”, gemiría su padre. “Es verdad, era

un chico tan encantador”, sollozaría su madre. “¿Por qué, Dios mío, por qué habremos sido tan crueles con él? Si volviera, le dejaría la hamaca siempre que quisiera”, lloriquearía Roberto. “¿Por qué habré sido tan egoísta?”.

“Una lástima no estar aquí”, pensó Pablo mientras sacaba su maleta de debajo de la cama, “para verlos a todos lamentarse y rechinar los dientes”.

“Bien”, pensó, “solo me llevaré las cosas realmente imprescindibles”. ‘Ligero de equipaje’ sería el lema de Pablo, el intrépido explorador.

Pablo inspeccionó su cuarto. ¿Cuáles eran las cosas sin las que no podría vivir?

No podía irse sin su máquina de crunchiplasmas para fantasmas ni sin su aparato de hacer brebajes salvajes. Así que la máquina y el aparato fueron a parar a la maleta. Estaba claro que su metralleta de agua Supercalahuesos 2000 le vendría muy bien en la selva. Y, desde

luego, un montón de juegos para cuando se aburriera de luchar con las panteras.

¿Tebeos? Lo meditó un momento... Naturalmente. Metió como pudo una buena pila en la maleta. Unas bolsas de patatas fritas y algunos caramelos tampoco vendrían mal. Ni la caja llena de su precioso plastiblandi fosforescente. Pablo no estaba dispuesto a que Roberto metiera en él sus pringosos dedos. ¿Y el oso de peluche? ¡Bah! El oso no iba a servirle de nada allí adonde iba.



“Perfecto”, pensó Pablo mientras trataba de cerrar la maleta. Pero no hubo forma. A regañadientes, Pablo sacó de ella un tebeo y su balón de fútbol. “Ahora sí”, se dijo. Saldría al amanecer. Y vaya si lo iban a sentir...

Tut, tut, tut.

Pablo, el intrépido explorador de la selva virgen, abrió los ojos y saltó de la cama.

Los pájaros madrugadores estaban ya piando. Era hora de irse. Se hizo con su equipo selvático y entró cautelosamente en la habitación de Roberto. Se acercó sigiloso a la cama de su hermano y le pellizcó.

—Auu, auu –murmuró Roberto.

—Cierra el pico y escucha –susurró Pablo con ferocidad–. Me largo de casa. Y como le cuentes a alguien que me he largado, te arrepentirás. Morirás, en realidad.

—No contaré nada –graznó Roberto.

—Bien –dijo Pablo–. Y que tampoco se te ocurra tocar nada en mi cuarto.



Pablo Diablo bajó furtivamente las escaleras.

¡PAM! ¡BOM! ¡PUMBA! ¡POM!

La maleta empezó a dar trompicones tras él. Pablo se detuvo en seco. Del cuarto de sus padres no salió sonido alguno.

Pablo llegó por fin sano y salvo al piso de abajo. Abrió silenciosamente la puerta de atrás y salió al jardín envuelto en bruma.

Estaba fuera. ¡Era libre! “Adiós civilización”, pensó Pablo. Pronto estaría navegando río Congo arriba en busca de aventuras.

Naturalmente, necesitaría un nombre nuevo, pensó Pablo al iniciar su larga marcha. Así, su madre y su padre no podrían seguirle los pasos. Pablo, el Intrépido Explorador, sonaba bien; pero el Corsario Sanguinario tampoco quedaba nada mal. “Además, tendré que disfrazarme”, pensó. Esperaría hasta llegar a la selva. Echó una rápida mirada atrás. Ninguna partida de búsqueda le seguía de momento.

Pablo caminó y caminó y caminó. Su maleta pesaba cada vez más y más y más.

¡Uff! Estaba empezando a cansarse de arrastrar aquella maleta.

“Me parece que he estado caminando



kilómetros y kilómetros”, pensó. “Creo que voy a parar y descansar un rato en mi guarida secreta. Ahí no me encontrará nadie”.

Pablo Diablo trepó hasta la casa del árbol y, al entrar, pisó algo blanducho.

—¡AAAHH! —gritó Pablo.

—¡AAAHH! —gritó la cosa blanducha.

—¿Pero qué estás haciendo tú aquí?
—preguntó irritado Pablo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?
—preguntó irritada Marga Caralarga.
—Me he largado de casa, si te interesa saberlo —anunció Pablo.
—Yo también, y esta es mi casa del árbol —anunció Marga—. Márchate.
—Puedo sentarme aquí si me da la gana —dijo Pablo, sentándose en el saco de dormir de Marga.
—¡Ayyy! Quítate de encima de mi pierna —protestó Marga empujándole.
—Ni se te ocurra pensar que te vas a venir conmigo —dijo Pablo.
—Tú tampoco puedes venir conmigo —dijo Marga—. ¿Puede saberse adónde vas?
—Al Congo —dijo Pablo. No sabía con seguridad dónde estaba eso, pero ya lo encontraría.
—¡Bah! —dijo Marga—. ¿A quién puede apetecerle ir ahí? Yo voy a un sitio mucho mejor.
—¿Adónde, listilla? —preguntó Pablo, echando una mirada a la más bien

abundante provisión de galletas
de Marga.

— A casa de Susana —dijo Marga.

Pablo dio un bufido.

— ¿A casa de Susana? Eso no es
largarse de casa.

— Sí que lo es —dijo Marga.

— No lo es.

— Sí lo es.

— No lo es.

— Sí lo es. Y he dormido aquí toda la
noche —dijo Marga—. ¿Dónde has
dormido tú?

Pablo midió con la vista la
distancia que había entre él y las galletas
de Marga. Miró en dirección opuesta
mientras silbaba con indiferencia.

De pronto, rápido cual centella, ¡ZAS!,
echó mano a un puñado de galletas
y se las metió en la boca como
pudo.

— ¡Eh, que esa es mi comida de fuga!
—protestó Marga.

— Ya no —dijo Pablo con una sonrisa burlona.

— Pues te vas a enterar —dijo Marga. Se apoderó de la maleta de Pablo y la abrió. Se echó a reír a carcajadas.

— ¿Es esta toda la comida que traes? —dijo con sarcasmo—. Me gustaría ver cómo llegas hasta la selva con esto. ¿Y todos esos tebeos? Apuesto a que ni siquiera llevas un mapa.

— Pues sí —dijo Pablo—. ¿Y qué llevas tú, a ver?

Marga abrió sus maletas. Pablo se atragantó de la risa.

— ¡Ropa! Yo no necesito ropa en la selva. Además, lo de largarse se me ocurrió a mí primero —dijo Pablo burlándose.

— No señor —dijo Marga.

— Sí señora —dijo Pablo.

— Voy a decirle a tu madre dónde estás —anunció Marga—, y vas a tener una bronca de las gordas.

— Como te atrevas... —dijo Pablo—,



voy... voy... a decírselo yo a la tuya. Y le diré que has dormido aquí esta noche. ¿O es que tú crees que vas a librarte de la bronca? Mira por dónde, me parece que voy a ir a contárselo ahora mismo.

— Antes se lo contaré yo a la tuya
— dijo Marga.

Se pusieron los dos en pie y se miraron furiosamente.